

# RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Director: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

FRANQUEO  
CONCERTADO

FRANQUEO  
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Cada 10 núms. quincenales, 1 pta. al mes

*'Este precepto os doy: Amáos  
los unos a los otros como Yo os he  
amado.'*

*(Jesucristo a sus discípulos.)*

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Calle de Casimiro Velasco, 33, 2.º dcha.

## ¡Salva a nuestro hijo!

Perdió a su madre—dama piadosísima—al nacer y creció la triste cual flor privada de rocío, sin ternura ni caricias, sin que uniera nadie sus manecitas puras enseñándola a balbucir una plegaria.

Su padre, indiferente en religión, si bien, por complacer a su esposa, hablaba de cuando en cuando acompañado al templo, no volvió a penetrar en él desde la mañana de las solemnes exequias que hizo celebrar no por piedad, sino por costumbre y ostentación, en sufragio de la muerta; pero no menos frío era para su hijita, en cuya frente rara vez dejó un beso.

Educóse interna en un colegio aristocrático, donde apenas la hablaron de Dios y, aunque comulgó por vez primera, tuvieron más importancia para su espíritu frívolo y glacial el primoroso vestido blanco, el velo, los regalos, que el acto sublime que la unía a Jesús con la unión más estrecha y dulce.

Contrajo matrimonio muy joven, casi una niña, sin amor; que nadie la enseñó nunca a querer; pero su corazón, sin que ella misma pudiera comprenderlo, hallábase inquieto, anhelaba algo... ¡Siempre le faltó todo!

Su esposo era afectuoso y bueno; pero frío también cuanto a la Religión Santa, y continuó Margarita siendo una bella flor sin aroma, porque casi nunca oraba, porque rara vez asistía al Augusto Sacrificio. No era incrédula, pero era su fe, no la resplandeciente antorcha, faro salvador para el alma en las borrascas del mundo, sino lucecilla mortecina y temblorosa. Por esto no halló en ella fortaleza para vencer la inexplicable frialdad de su padre.

El Cielo les envió un hijo, un chiquitín rubito y sonrosado que Margarita esperaba sin entusiasmo, pensando sería obstáculo para que ella continuase su vida frívola y mundana; pero que al verle, ¡oh prodigios del amor maternal! llenóla de gozo y emoción dulcísima su primer vagido.

Entonces supo amar; entonces supo lo que es sentir el alma plena de ternura hacia otro ser, y ella, la muñeca frívola y vanidosa, sin corazón, que ni a su padre ni a su esposo quiso como a sí misma, era para el pequeñuelo amante y abnegada madre. Quiso

darle, con gran asombro de la familia, el dulce néctar de sus senos y no se apartaba un instante de la cuna cuando el lindo chiquitín dormía, contemplando con embeleso su carita, acariciándole suavemente para no despertarle, diciéndole muy quedito las mil ternezas que sólo las madres saben decir.

Pero en la exaltación de su amor maternal, ni pensaba nunca que aquel hijo era un don del Cielo ni menos rindió a Dios gracias por su ventura.

Mas un día...

—José, oye, yo creo que no está bien el niño. Tiene calor en la frentecita.

Lo dijo con la voz alterada por cruel inquietud.

—No te alarmes, querida; no será nada. Pero avisaremos al médico.

Había José posado su mano sobre la frente pura del nene; tenía razón Margarita: notó en ella excesivo calor.

Y el Doctor vino y mostróse inquieto y alarmado ante José, aunque quiso tranquilizar a la madre. Pero en vano: su corazón adivinaba la dolorosa verdad.

Transcurrieron varios días interminables y amarguísimos para Margarita. El pequeño luchaba entre la vida y la muerte, experimentando alternativas en su dolencia que ora llevaban la esperanza a su atribulada madre, ora la sumían en las negruras de la desesperación. Sin embargo, aún confiaba en que la ciencia y su cariño, sus cuidados, sus desvelos, salvarán al ser idolatrado por cuya salud hubiera sin vacilar ofrecido su sangre.

Una noche agravóse repentinamente el enfermito; como un loco, salió José de la estancia ordenando a los criados marcharan cada uno en busca de un médico; ante el temor de que pudiese no hallarse en su domicilio el de cabecera, y quedó sola Margarita, deshecha en llanto, junto a la cuna, fijos los ojos en el semblante pálido de su Pepito.

De pronto, los alzó hacia una imagen de la Virgen con el Divino Niño en el regazo; primorosa escultura que su madre, por ser recuerdo de su Comunión primera, amaba mucho y que, en memoria suya, tuvo siempre Margarita en su habitación.

Y fué aquella mirada dulce sedante

para su desgarradora pena, y de lo íntimo de su corazón destrozado subió a sus labios ardiente plegaria:

—Oh Virgen bendita, Tú que eres Madre comprendes mi dolor; por la devoción que te tuvo la madre mía que yo no conocí, por las alegrías y las amarguras de tu Maternidad, cúrame a mi hijo...

Despacito había entrado José; cayó él también de rodillas, y unidos imploraron, trémula su voz.

—Salva a nuestro hijo...

Cuando acudieron los médicos quedaron asombrados. El sueño del infante era tranquilo; su respiración, normal: estaba curado.

En acción de gracias, Margarita y José comulgaron juntos, por vez primera desde el día de su boda, y ofrecieron a su Pepito a la Virgen Inmaculada. Y el niño sonreía, pleno de vida y salud, alzando hacia la Imagen sus manecitas y sus ojitos.

Margarita dejó de ser linda flor sin aroma; piadosa como lo fuera su madre, sintióse su corazón inquieto, tranquilo ya y venturoso, porque Dios—que para Sí nos creara—, era su dulcísimo amado Dueño, y discretamente, suavemente supo conducir a Dios a su padre y mantener viva en su esposo la piedad de su niñez que, dormida, despertó en su alma junto al hijo próximo a morir...

Maria BERTA QUINTERO.

## BUEN EJEMPLO

Un caballero de París pidió a Dumas (el hijo) la mano de su hija; al concedérsela, el padre le dijo con verdadero entusiasmo:

«Os participo, amigo mío, que mi hija es un verdadero ángel de candor y de inocencia. Jamás la he permitido que leyera ninguna obra mía».

Bonita condenación de la labor nefasta de Dumas. Y cuando este empleó tan rígida censura con su propia hija, hay quienes tachan de inquisitorial a la iglesia por querer hacer con todos los jóvenes lo que Dumas hizo con su propia hija.

## EL DESPIDO

Acaeció lo que voy a narrar, hace pocos meses, en un lugarcito costanero de una de las provincias del Norte.

Era maestro de la escuela municipal, y entiendo que aún lo es, un sujeto llamado don Juan Manuel. El pueblo le estima por su temperamento afable y por el celo que siempre ha desplegado en su función pedagógica.

Cuando yo le conocí, no hace muchos años, era un hombre silencioso y triste. No siempre había sido así a lo que oí decir. En otro tiempo aparentaba ser alegre y chistoso; hasta componía versos que los niños de la escuela recitaban en las solemnidades y romerías. Pero el único hijo que tenía, navegando como piloto en un barquito de vela, había perecido ahogado en un naufragio frente a la Coruña. Desde entonces su carácter había cambiado tanto que apenas se le podía reconocer. El tiempo que no permanecía en la escuela lo pasaba orando en la iglesia.

En efecto, recuerdo que alguna vez en que se me antojaba entrar en la iglesia a la hora del crepúsculo solía ver a don Juan Manuel en un rincón postrado ante una imagen de Jesús crucificado. El dolor de aquel desgraciado padre no podía menos de conmovirme.

Pues no hace mucho se hallaba este viejo maestro en un estrado de la escuela y sentado delante de su mesa corrigiendo y clasificando las planas de los discípulos. Era ya cerca de mediodía. Los niños, sentados en los bancos, como se aproximaba el momento de salir charlaban libremente.

Se abrió la puerta de la escuela y apareció el alguacil del Ayuntamiento. Cruzó el salón, se acercó al estrado y entregó ceremoniosamente al maestro un sobre cerrado invitándole a que lo firmara. Don Juan Manuel lo abrió y lo devolvió firmado.

Cuando el alguacil hubo traspuesto la puerta y el maestro vió lo que el papel contenía se puso pálido. Era un oficio del alcalde ordenándole que hiciera desaparecer de la escuela el crucifijo.

Permaneció inánime y cabizbajo unos minutos. Al fin, volviendo la cabeza y dirigiendo una mirada angustiosa al crucifijo que detrás de él pendía de la pared, se levantó, avanzó hasta el borde del estrado y comenzó a hablar con voz apagada:

«Hace dos mil años, hijos míos, que nació en un apartado rincón del Imperio romano, allá en la Palestina, un hombre que se atrevió a decir lo que nadie había dicho hasta entonces: que todos los hombres somos hermanos; que el esclavo y el obrero valen tanto como los reyes y los señores; que el reino de los cielos no estaba reservado para los ricos y poderosos, los que disfrutaban de todos los goces de la tierra, sino para los humildes, para los que trabajan y padecen persecuciones de justicia, para los que sufren y lloran.» «No poseáis dinero—decía a sus discípulos—ni saco para el camino, ni dos túnicas, ni zapatos, ni bastón, porque el obrero merece que se le alimente.» Este hombre, como todos sabéis era el mismo verbo de Dios. Y el Hombre-Dios fué particularmente apasionado de vosotros los niños, «Dejad que los niños vengan a mí», decía, y otras veces

decía a los hombres: «O niños o como niños».

Por decir tales cosas fué ajusticiado una tarde en Jerusalén, haciéndole morir ignominiosamente sobre una cruz. Pero los hombres, arrepentidos de aquel crimen, besan desde hace dos mil años los pies del ajusticiado que murió por su amor.»

Quedó suspendido el maestro unos instantes, y al fin prosiguió bajando más la voz:

«Hoy la autoridad me ordena expulsar del local de la escuela la imagen del Dios de los niños y los trabajadores. Y yo no tengo más remedio que cumplir las órdenes de la autoridad.»

Diciendo y haciendo, don Juan Manuel montó sobre una silla y con manos trémulas descolgó el crucifijo. Con él en la mano se dirigió de nuevo a los niños:

«Acordaos, hijos míos, que muchas veces os habéis postrado ante este santo crucifijo, pidiéndole salud para vuestros padres y hermanos y consuelo para todos los que padecen en este mundo, trabajan y lloran. Si alguno de vosotros lo quiere con particular afecto y desea colocarlo en sitio de honor dentro de su casa yo se lo cedo de buena voluntad.»

Un niño rubio, con los ojos brillantes y las mejillas inflamadas, se levantó del asiento, avanzó hasta el estrado y profirió con voz recta:

—Todos lo queremos.

—¡Sí; todos, todos!—gritaron a la vez otros niños.

—Pues bien, queridos niños, a vosotros lo confío. Es vuestro mejor amigo y lo será hasta la hora de la muerte.

Lo llevó a los labios y lo depositó en manos del niño rubio.

Después se dejó caer pesadamente en su sillón y doblando la cabeza permaneció inmóvil.

Los niños le contemplaron silenciosos y estremecidos. Y apoderándose luego del crucifijo, unos gritando, otros llorando, cubrían de besos la imagen del Redentor.

Armando PALACIO VALDÉS.

## Dos recuerdos y...

«No es lícito perseguir a los católicos, sean mayoría o minoría; si lo primero, porque es antidemocrático violentar la opinión de los más; si lo segundo, porque precisamente la proclamación de los derechos individuales en el texto constitucional es la base para procurarlos y garantizarlos contra los abusos del Poder. En nombre de la revolución no se puede perseguir a los católicos. Católicos hubo en la actuación republicana, revolucionaria, de diciembre y de abril. La mitad de la sangre derramada en Jaca era católica. Una cruz sobre la tumba de García Hernández lo proclama así.»

(Niceto Alcalá Zamora, en las Cortes.—10 octubre 1931.)

«NINGUN PRINCIPIO DE JUSTICIA se puede invocar contra las Ordenes Religiosas.»

(Manuel Azaña, en las Cortes.—13 octubre 1931.)

Y, no obstante lo dicho...

## A un juez mercadería

Las leyes con que juzgas, oh Batino, menos bien las estudias que las vendes, lo que te compran solamente entiendes; más que Jasón te agrada el vellocino.

El humano derecho y el divino, cuando los interpretas, los ofendes; y al compás que la encoges o la extiendes, tu mano para el fallo se previno.

No sabes escuchar ruegos baratos, y sólo quien te dá, te quita dudas; no te gobiernan textos, sino tratos.

Pues que de intento y de interés no mu- o lávate las manos con Pilatos, (das, o con la bolsa ahórcate con Judas.

QUEVEDO.

## CHARLA

—Paréceme, señor mío, que se aproxima la hora de que larguen de España todos los frailes y las monjas, porque en resumidas cuentas no nos valen para nada. Así nos lo dijeron en el Centro los que nos dirigen la palabra.

—Y los que explotan vuestra... No sé cómo decirlo que no te moleste.

¿Quién tiene establecidas escuelas, donde gratis se enseña a nuestros hijos a ser hombres honrados y trabajadores?, ¿son los socialeros? ¿Dastú mucho para que coman los frailes y las monjas?

—Pero lo dá el Gobierno, y eso lo paga el pueblo con contribuciones y gabelas.

—Así lo dicen los socialeros, pero no te dirán los millones que valían los bienes que el Gobierno se incautó de las iglesias y conventos, los cuales se empleaban mucho mejor que ahora, que están quizá en manos de unos cuantos que se aprovechan de ellos, mientras que antes se aprovechaban los pobres, eso no te lo dirán, no tengas cuidado; también decían que había que matar a las monjas porque son unas holgazanas, ¡ya lo creo!; si te quieres convencer míralas asistiendo a los enfermos en los hospitales; míralas curando sus heridas, lavando sus llagas, consolándolos y alentándolos con palabras de esperanza; míralas asistiendo a esos enfermos en su propia casa, velando junto a su lecho mientras la familia se entrega al descanso; míralas siendo el amparo de los niños que la sociedad corrompida y cruel arrojó a las puertas del Asilo; esos niños, hijos de padres sin entrañas, de padres sin religión, productos de predicaciones socialeras que, proclamando el amor libre, pretenden romper los lazos indisolubles del matrimonio, serían arrojados a la vía pública o serían cobardemente asesinados para así encubrir la deshonra de una madre; las monjas con sus asilos y sus Casa-cunas evitan esos crímenes, pues no hay padre tan desnaturalizado que entre matar a su hijo o depositarlo en manos caritativas, no elija esto último.

Eso hacen las monjas, ese es el mal que hacen a la sociedad; ¿qué te pare-

ce, puedes tú decir otro tanto de los socialeros y socialeras que andan por el mundo? ¿Dónde los centros de enseñanza; dónde los asilos; dónde las casas de beneficencia costeadas por corazones caritativos que aprendieron a socorrer al necesitado, a amparar al desvalido en las doctrinas de Cristo, todo amor y caridad? Contesta, hombre, ¿qué me dices?

—Usted habla de esas monjas, pero no dice nada de las que viven encerradas y no hacen otra cosa que comer y rezar; ¿para qué sirven?

—Dime, Celedonio, ¿por qué eres tú labrador?

—Porque mi padre lo era, y a mí me convenía serlo.

—Perfectamente: y tu hijo, ¿por qué aprende el oficio de sastre?

—Porque es el que más le gusta, y yo no quiero contradecirle en sus inclinaciones, si son para trabajar.

—Muy bien: de manera que tú eres labrador porque te conviene y tu hijo será sastre, Dios mediante, porque le agrada ese oficio; pues si tú y tu hijo tenéis libertad para elegir profesión, ¿por qué otro hombre no ha de tener esa misma libertad? Yo creo que todos tenemos el derecho de elegir el medio de vida más adecuado a nuestras inclinaciones, y por eso el fraile, la monja, el sacerdote, todos, en fin, gozando de la libertad verdadera, no de la que predicán los socialeros, son y hacen lo que está más en armonía con su conciencia; yo creo que el hombre que abandona las comodidades del mundo, la mujer que renuncia a las galas y vanidades, tiene mucho más mérito que todos esos vividores que, para darse buena vida, viajando bien y comiendo mejor, se dedican a dirigiros la palabra embruteciendo vuestra inteligencia y hacien-

do que olvideis los deberes que como católicos tenéis para con Dios. ¿Qué me dices ahora?

—Que me parece que no va usted descaminado...

—Te advierto otra cosa; cuando hagais el reparto me presento en tu casa y me tienes que dar lo que me corresponda de las tierras que tu padre dejó; justo será que las repartamos.

—¿Las tierras que dejó mi padre? Se equivoca usted; esas tierras las ganó mi viejo con el sudor de su frente; esas tierras son mías, y serán de mis hijos cuando yo muera.

—Pero, si viene el reparto social, tendrás que entregarlas a los socialeros, porque dejarán de ser tuyas.

—¡A los socialeros! que vengan, que vengan; con una estaca les daré yo...

—Pero no quedamos...

—Quedamos en que tié usted razón y que todos ellos son unos vividores, que, como no tienen dos pesetas, les conviene el reparto; a río revuelto...

—Ganancia de pescadores, dices bien; mira, Celedonio; aléjate de esa gente que te enseñará el camino del mal, y piensa que el único camino verdadero es el trabajo honrado; tu padre fué honrado y compró unas tierras que hoy son de tu propiedad, y con el producto de las cuales puedes vivir, si tú eres trabajador, como él fué, podrás comprar quizá otras y mañana tus hijos vivirán bien. ¿Es justo, Celedonio, que lo que tu padre ganó y lo que tú puedas ganar, se lo quiten a tus hijos cuatro vividores, que no tienen de socialeros otra cosa que no querer trabajar?

—Le diré a usted. Hay muchos modos de faltar al séptimo mandamiento de la ley de Dios. A mí ya me sacaron lo último. Ni tonto ni explotado.

La verdad es que si discurriéramos

un poco, ni hablaríamos como yo empecé hablando ni menos nos prestaríamos a tantas clases de juegos.

—Menos mal que tú, conociendo la razón, te decides a obrar en razón, pero hay muchos que aún conociéndola, la desprecian.

—Así les luce el pelo.

## El himno de Riego

Sabida es y popular la interpretación de los sentimientos exoresados en las tres partes del himno de Riego, que son: un *allegro*, un *andantino sostenuto* y un *adagio religioso*. El *allegro* interpreta la alegría incomparable con que los liberales, después del degüello de los frailes, celebraron el decreto de Mendizábal, dado en 19 de Febrero de 1836, por el cual se ponían en venta los bienes de las comunidades religiosas. El *andantino sostenuto* significa muy bien la prisa con que corrieron a comprarlos casi por nada, y se los metieron en los bolsillos. El *adagio religioso* revela el cosquilleo de la conciencia, y los golpes de pecho que costaron a muchos de ellos aquellas estafalarias compras....

Todo el himno está, pues, inspirado en la obra de Mendizábal, llamada por Menendez Pelayo *conjunto de lesiones enormísimas e inmenso latrocinio*.

I.º ¿Qué bienes eran los que vendió Mendizábal? Los que poseía la Iglesia con los mejores derechos de propiedad, los que conservaba sin injuria de nadie, los que empleaba para su sustento y lo demás que le parecía bien, como emplea cada uno lo que es suyo. Con ellos atendía la Iglesia española a los gastos de culto y clero, sin recibir (por supuesto) un solo maravedís del Estado; antes bien ayudaba al Estado pagándole una grandísima contribución de más de 60 por 100: daba pensiones a 6 universidades y a muchísimos colegios para

## Folleton de RELIGION Y PATRIA (29)

### ¡PHS!...

Pero Ricardo le puso la mano en el hombro obligándole a sentarse de nuevo.

—Eres un chiquillo, dijo con calma. Yo no dudo de tu novia porque sencillamente no creo en ninguna virtud, sobre todo cuando una muchacha es bonita, tiene veinte años y trabaja para comer... Cástate en hora buena, si te parece; pero luego no digas que no te avisé.

—Pero (dijo Pedro Luis con voz sombría, bien diferente de la suya habitual) ¿tu sabes algo de María Luisa?

—No seas niño. ¿Qué he de saber yo?

—¿Por qué has dicho, phs?

—¡Ya te lo he dicho, no soy tan crédulo como tú!

—Es que si supieras algo...

—No te lo diría; esas cosas no se creen nunca, se achacan a envidia, a mala voluntad, y, sobre todo, aún te falta un año para terminar tus estudios; dentro de un año, ¿sabes acaso si habrás tenido otra media docena de novias?...

Y poniéndose en pie, Ricardo dió una palmada para llamar al camarero.

Pedro Luis salió tras él con el rostro contraído.

En la puerta le detuvo, poniéndole nerviosamente la mano en su hombro:

—Ricardo, dijo con voz contraída, júrame por lo que más quieras, por nuestra amistad, júrame que no sabes nada contra María Luisa.

—¡Criatural!—interrumpió el joven desasiéndose de su mano—. No hagas el melodrama, que es muy cursi. Sigue con tu María Luisa, que es una hermosa muchacha, y vive tu vida como cada quisque, sin meter-te en honduras.

Y encendiendo un nuevo cigarro se alejó rápidamente.

II

Pedro Luis permaneció unos momentos inmóvil, viendo alejarse a su amigo; sentía un gran peso en el corazón y un nudo en la garganta.

De pronto, moviendo la cabeza nerviosamente, echó a andar en dirección a casa de su novia.

Esta vivía en un extremo de la capital en una modestísima habitación. Era una linda joven, huérfana de padre y madre, que vivía a expensas de su honrado trabajo.

Joven y, según ya hemos repetido, muy hermosa, se veía cercada de asechanzas y tentaciones; pero la sólida educación religiosa que recibiera en un colegio de huérfanas, había preparado su alma para la lucha

diaria; por la mañana, temprano, acudía al pie del Tabernáculo y divinamente fortalecida emprendía su labor cotidiana, dichosa con la paz interior que Dios, al posesionarse de ella, la infundía.

Pocos meses antes la vida de María Luisa había experimentado un cambio que hizo entreabrirse a sus ojos hermosos y desconocidos horizontes; el amor hizo vibrar cuerdas dormidas hasta entonces en su corazón... Pedro Luis fué el que supo despertar aquel corazón virginal describiendo con cálido y sincero apasionamiento la dulce ilusión de un hermoso porvenir, modesto como a ellos correspondía, pero con perfume de hogar santo y honrado.

La joven sondeó el alma de su enamorado... Apreció en su justo valor cuanto en ella había de honrado y leal y quiso avalorarle aún más, infundiéndole algo de su fe piadosa y acendrada.

Este no era un ateo; descuidado en sus prácticas, como desgraciadamente ocurre a muchos jóvenes, cuyas madres creen que al concluir el bachillerato ya no tienen que ocuparse de su instrucción religiosa, escuchó las amonestaciones de su novia con benevolencia algo burlona, pero accediendo a acompañarla a misa los domingos, más por permanecer a su lado que por cumplir el precepto.

No se le ocultaba esto a la piadosa joven,

que la enseñanza fuese enteramente gratuita; sostenía 101 establecimientos de Beneficencia y 2.166 hospitales; repartía numerosas dotes y socorría a innumerables huérfanos, viudas y obreros sin trabajo. ¿Qué te parece, amado lector? ¿podrían estar mejor empleados aquellos bienes?

2.º Pues ¿por qué se los quitó Mendizábal? ¿Sería (como dicen los liberales) para desamortizarlos, es decir, para sacarlos de manos muertas, y pasarlos a manos vivas que los hiciesen lucrar más en beneficio de la patria? ¡Ojalá que lo hubiese hecho para eso! Porque, aunque fuese un robo, al menos hubiese sido un robo provechoso a la nación. Pero no fué este el intento de Mendizábal. Pues, ¿cuál pudo ser? El que él mismo notificó descaradamente en el preámbulo de su infame decreto, por estas palabras: «No se trata, dice, de una especulación mercantil, ni de una operación de crédito, sino de crear en España una numerosa familia de propietarios, cuyos goces y existencias se apoyen principalmente en el

triunfo completo de las actuales instituciones.» Como si dijera (hablando más claro): No trato de reponer el erario público, ni de aumentar el crédito del Estado, ni mucho menos de sacar de apuros al pueblo trabajador, sino de enriquecer a muchos liberales, y atraer a muchos otros al partido liberal, para que sea un partido más numeroso y fuerte que hasta ahora.

Por esta causa, aquellos bienes de la Iglesia no se vendieron, sino más bien se regalaron. Liberal hubo que compró toda la posesión de un gran monasterio con solo el dinero que sacó de las tejas de la Iglesia.

Dirás aquí, amado lector, lleno de sorpresa: Entonces, ¿a qué se redujo la obra de Mendizábal sino a crear y engordar una gran camada de liberales? Ni más ni menos: y por cierto que se metieron en los bolsillos todo el capital de la Iglesia, que ascendía a más de cuatro mil millones, a saber 4.441.179.200 pesetas.

Y ¿no hubo nada para la nación y para el pueblo? Absolutamente nada. «De aquel

inmenso desbarate (dice Menéndez Pelayo) nada ganó el Estado; los únicos que quedaron gananciosos, no fueron los agricultores y propietarios españoles, sino una turba aventurera de agiotistas y jugadores de Bolsa, que sin la caridad de los antiguos dueños, y atentos solo a esquilmar la tierra invadida, en nada remediaron la despoblación, la incultura y la miseria de los colonos, antes andando el tiempo han llegado a suscitar el terrible espectro de la *Cuestión social*, no conocido antes, ni aún de lejos y por vislumbres en España.» (Heterodoxos Españoles, lib. VIII, cap. I.)

3.º ¿Entiendes ahora cómo Mendizábal no pensó en el pueblo, sino para echarlo contra una esquina?

H. P.

Deherme, en «La Cooperación des Ideas», escribe: «Las estadísticas son clericales de un modo contundente. No ocultan las consecuencias del derecho a no tener ninguna religión. Ellas marcan todos los síntomas de su descomposición social, y con cuanta rapidez se multiplican y se agravan; pornografía, alcoholismo, despoblación, divorcios, locuras, suicidios, prostitución, criminalidad. Cuando los hombres no escuchan la moral, la desgracia les castiga.»

**CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA**

Sr. D. G. M.—Alayor.—Octubre 1932.  
Sr. D. A. P.—B. del Valle.—Fin noviembre 1932.

Imprenta «La Reconquista» :: Gijón.

**Melchor Osorio**

RELOJERIA Y JOYERIA

Pl y Margall, 13 -:- GIJON

Venta de todos los artículos del Ramo, sin competencia.

Compra de oro, platino y brillantes  
Pago todo su valor.

LA

**Librería Palacios**

Continua liquidando

en

Santa Rosa, n.º 4

—: Gijón :—

**Ferretería Gregorio Alonso (S. A.)-Gijón**

Detalle: San Bernardo, 59 y 61  
Almacenes: Premio Real y Molino

Almacenes de Ferrería, Quincalla, Loza y Cristalería: Artículos sanitarios :: Herramientas para Ferrocarriles y Minas

Telegramas y telefonemas:  
GALONSO

Teléfono Detall: 2912  
Teléfono Almacén: 2913

**Doctor EMILIO VILLA**

ESPECIALISTA — Electricidad médica  
: Enfermedades del Pulmón y Corazón :

Consulta: de 11 a 1 :: San Bernardo, 143 :: Teléfono, 1219 :: GIJON

SIDRA CHAMPAGNE

**“ZARRACINA”**

Se sirve en todos los establecimientos y hoteles de primer orden, y en los Coches y Restaurants de la Compañía Internacional de Coches-Camas

INDUSTRIAL ZARRACINA (S. A.) — GIJON

**Luis Infiesta y Castro**

(Antes Acebal, Rato y Comp.ª)

Barrio del Tejedor :: Teléfono 13—28

GIJON

Cocinas sistema BILBAO y de todas clases para carbón y para leña.

Piezas de recambio para las mismas  
Artículos de hierro fundido, como bajadas de agua, lucernas, columnas, banos de jardín y cuantos encargos se hagan

Rápida entrega de los pedidos

**“La Fama Asturiana”**

Se recomienda por sí sólo el chocolate de esta marca.

Pídase en las tiendas de ultramarinos.

**LUIS BASURTO QUÍMICO**

Fábrica de Acido Fluorhídrico  
Fluoruro de Sodio

Pasta para esmerilar, rápida

Espato-Flour, en piedra y molido

LABORATORIO de análisis minerales e industriales

Príncipe, 16—Apartado 174 :: GIJÓN

**OBRAS TEATRALES**

(De propaganda social)

El Anarquista..... 1 peseta.

Mitin socialista..... 1 »

Jauja..... 1 »

El Señorito..... 1 »

El Requeté..... 1 »

Certificado, 0,30 de pta. más. Los pedidos a esta Administración.

Colecciones de RELIGION Y PATRIA años 1928-29-30 y 31, a 4 ptas. cada año

FUNERARIA DE

**HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ**

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Mora, 40 :: GIJON :: Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

Prentitud "Numero" Economía

**Francisco Prendes Pando**

ABOGADO

SOMIO -:- GIJON

**TOS**



Una terna bien caliente corta la tos, catarros, gripe, etc.

En todas las farmacias y Ronda Universidad, 6 Barcelona

ULTRAMARINOS FINOS

**Arturo Prieto Acebal**

Plaza de San Miguel, 2 y Capua, 31

GIJON

C.

Teléfono 2934

**Doctor Calisto de Rato y Roces**

Especialista en enfermedades del sistema nervioso

Cincuenta y cinco años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde  
Cerrida, 63 — Teléf. 490. GIJON